

Anne Givaudan Daniel Meurois

Los nueve
peldaños



Luciérnaga

Anne Givaudan
Daniel Meurois

Los nueve peldaños



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Les neuf marches*

© Éditions Arista, 1991

© de la traducción: Berta Sanz, 1993

Primera edición: marzo de 1993

Segunda edición en nuevo formato: febrero de 2007

Octava impresión: julio de 2014

Primera edición en esta presentación: septiembre 2017

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2017

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16694-74-7

Depósito legal: B. 15.208-2017

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Presentación	7
Prólogo	13
I. Octubre	21
II. Noviembre	41
III. Diciembre	69
IV. Enero	91
V. Febrero	115
VI. Marzo	137
VII. Abril	169
VIII. Mayo	191
IX. Junio	213

Capítulo I

Octubre

«¿Dónde estás exactamente? ¿Nos oyes?»

Esas preguntas se escapan involuntariamente de nuestras conciencias con la esperanza de que, como las olas, alcancen la orilla que las aguarda.

Hace apenas unos minutos que hemos abandonado la envoltura de nuestros cuerpos; como única brújula tenemos nuestra confianza. No obstante estamos ahí, velando, en ese mundo del alma donde los pensamientos toman forma y comienzan a bogar como increíbles esquifes.

Hace apenas unos minutos que nuestros cuerpos han sido olvidados y, lentamente, intentamos visualizar la imagen de la que en otro tiempo fue Rebeca a fin de que venga a ocupar su lugar plenamente en nuestro ser.

Los rasgos de su rostro, como aletargados, nos van llegando uno tras otro e impregnan nuestra pantalla interior. Ya está..., el rompecabezas ha vuelto a encontrar su unidad y, ahora que sus serenos contornos están en nosotros, todo puede ocurrir.

Una fuerza nos atrae irresistiblemente hacia atrás en un silencio total. Nos absorbe hacia lo más profundo de una inmensa soledad viviente y tenemos la

sensación de proyectarnos hacia algún sitio allende las crestas espumosas de un océano, más allá de las planicies, de las ciudades de neón y de las áridas latitudes ... Todo desfila con la rapidez de un rayo; después, todo se detiene, bruscamente, como por la magia de un frenazo del alma que sabe desde siempre que va ahí y no a otro lugar.

Estamos en una ciudad, una gran ciudad... La mirada de nuestra alma parece ahora flotar a unos metros del suelo y se deja invadir por el desfile incesante de enormes automóviles y por el brillo de los escapes. Dispersas en pequeños grupos, algunas palmeras nos causan el efecto de una bocanada de aire puro y de un rayo de sol en medio de esa sensación de bullicio. Una certeza surge en nosotros: nos encontramos en el continente norteamericano.

Aquí no somos más que una mirada que observa y se deja llevar por el retículo cuadrulado que forman algunas calles anchas que parecen trazadas con tiralíneas. Sin embargo, sobre el asfalto de las aceras desfila una muchedumbre bulliciosa y variopinta que ignora totalmente nuestra presencia. Transcurren así algunos instantes, maravillosos maestros del no-querer y de confiado abandono.

Después, bruscamente, en el seno de esa muchedumbre abigarrada, nuestros ojos y nuestro corazón se clavan en dos mujeres que descienden tranquilamente por la escalinata de un elegante edificio. Son madre e hija; lo sabemos sin más. Es para ambas un momento de paz. Los resplandores que emiten sus cuerpos contrastan con los de los demás viandantes y no inducen a error. También se lee en ellos la dicha y mil interrogantes que surgen como pequeñas pompas de jabón a punto de estallar.

«Es mi madre..., bueno, la más joven..., ¡claro!»

Una voz jubilosa ha prorrumpido dentro o cerca de nosotros y, maquinalmente, volvemos la cabeza atravesados por la confusa sensación de haber sido sorprendidos a media película. Notamos como el rumor de una presencia, chisporrotean unas centellas azules, después nada más.. salvo la absoluta certeza de que *ella* está ahí, de que nuestras almas están casi unidas y de que en seguida se verán cara a cara.

«¿Rebeca?»

De nuevo nos sentimos arrastrados hacia atrás, después proyectados hacia adelante, hacia arriba, en un remolino de luz blanca y fresca. Ya no hay edificios con cristales reflectantes, y las carrocerías con brillo cromado se han desvanecido. A muy poca distancia de nosotros, casi como si hiciéramos uno con él, aparece el rostro de la que buscábamos, ligeramente transparente bajo su espesa cabellera morena.

¿Dónde estamos? En realidad, en ningún sitio... o en el océano de la vida..., en un lugar del alma, uno de esos lugares transitorios que ésta elabora en cuanto empieza su metamorfosis.

Eso es, nos decimos a nosotros mismos, hemos entrado en *su* mundo, el que ella ha creado, como un holograma proyectado por su conciencia y que vive en algún lugar entre dos universos, entre dos longitudes de onda.

Intentamos comprender lo mejor posible lo que ocurre. Sabemos que somos como unas imágenes conscientes de sí mismas que hubieran abandonado el canal de una emisión televisada, la de la Tierra, sin haber alcanzado por ello completamente otra, la de las almas desencarnadas. Eso nos hace sonreír... ¡esperemos no estar aquí como frecuencias parásitas!

«Sí, estáis en mi universo», murmuran los labios de nuestra amiga cuyo rostro ha tomado ahora una dimensión normal y ya no ocupa la totalidad de nuestro campo de visión. «Mi universo... es la pequeña esfera de serenidad y de vida que se construye toda alma que vuelve hacia vosotros, hacia la Tierra. Es la cámara de descompresión que ayuda a dar el paso. Para mí es un poco el capullo, ¿comprendéis?»

«Comprendemos muy bien la razón de todo eso..., pero ¿qué ocurre exactamente?», piensa uno de nosotros un tanto incómodo por esa entrada en materia tan rápida.

«No os disculpéis», responde con su absoluta espontaneidad. «Estamos aquí para trabajar juntos..., ¿no? y, además, vuestra presencia me ayudará sin duda de la misma manera que la mía os proporcionará algunas informaciones. Estoy contenta..., pero es una prueba para mí.»

Verdaderamente el lugar en el que nos encontramos ahora nos hace pensar en una sala de espera, totalmente aséptica, casi desnuda, como las que se encuentran seguramente en muchas clínicas. No obstante, es el mismo que el del otro día, cuando lo descubrimos por primera vez. Hoy esta morada tiene frío. Algo nos dice que hay como una corriente de aire en el alma de nuestra amiga.

«Soy tonta...», dice Rebeca para disculparse de la turbación que visiblemente la invade. «Es verdad, siento frío en el corazón..., por eso el hálito que introduzco en esta sala, evidentemente... ¿Sabéis? Estáis aquí en una especie de átomos que mi pensamiento ha creado, que mi imaginación reúne y que mi voluntad mantiene coherentes. Por eso no puedo esconderos lo que siento actualmente.

»Habéis aceptado viajar conmigo, en mi casa... ¡habrá que asumir todos los riesgos!»

La alegría de nuestra compañera se impone finalmente, y la claridad inmaculada del lugar habla inmediatamente de su creadora de un modo diferente. En una de las paredes se ha diseñado espontáneamente una ventana. Con los postigos abiertos de par en par, deja aparecer las siluetas de unos árboles floridos que parecen salidos de un espléndido cuadro impresionista.

«Vosotros, en la Tierra, también hacéis como yo, o como nosotros aquí. No os dais cuenta de ello pero vivís en vuestros pensamientos, los habitáis como una morada tanto como ellos os habitan a vosotros. He tardado mucho tiempo en comprenderlo, pero ahora que lo he grabado en mí, me he jurado a mí misma descender con ese recuerdo!»

«¿Quieres decir que, cuando pensamos, producimos una *especie de átomos* que crean verdaderamente un decorado y que la calidad de ese decorado engendra la calidad de nuestra vida?»

«Eso es exactamente..., en fin, he dicho «*una especie de átomos*» para haceros comprender que se trata de algo muy concreto. Mis amigos, mis guías, si preferís, me hablan a veces de elementos vitales o de gérmenes vitales, como células independientes, o incluso como si fueran unos ladrillos con los cuales cada uno da forma al menor detalle de su propio universo. He visto, cuando se me ha permitido, que sois muchos en la Tierra los que os construís decorados del alma insólitamente angostos, limitados, más bien intrincados y lóbregos.

»¿Sabíais que es en esos decorados en donde os proyectáis cuando soñáis?»

«Pero esta sala desnuda en la que nos encontramos no es, sin embargo, tu mundo. Dinos, ¿era verdaderamente necesario que moldearas así esta «sala de tránsito» para volver a nosotros?»

Rebeca se sienta en el suelo, pensativa. Observamos por primera vez la ropa que lleva. En realidad, no tiene nada de particular: una falda larga de color rojo oscuro y una blusa de mangas más bien amplias que desaparece bajo el busto en un ancho cinturón con un lazo.

«No, no era necesario que fuera así», nos dice, «sigue sin serlo, por otro lado, pero quiero terminar con el pasado. Quiero arrancar muchas cosas de mis antiguas costumbres. No puedo perder el tiempo... ¡he visto que hay tantas cosas que hacer! En general, cuando uno se confecciona una «burbujita» como ésta para volver, automáticamente pone en ella los puntos de referencia de su corazón...»

«¿Los puntos de referencia?»

«Sí, no sé..., una música, por ejemplo, una pequeña parcela de terreno... Hasta he visto a alguien aquí para quien el punto de referencia era un tosco caldero de cobre: le gustaba sacarle brillo, y decía que encontraba en ello su equilibrio. Eso es al principio, pero luego parece ser que todas esas cosas se van por sí mismas, como si un viento procedente de la Tierra viniera a barrerlas de la memoria. Yo dije en seguida a mis amigos que no quería hacer eso. Siento que es necesario despejar el lugar. Quiero volver completamente nueva, ¿sabéis?, porque sé que lo que lleve conmigo ahora quedará impreso en lo que voy a vivir... como en filigrana.

»Cuando me propusieron hacer este trabajo con vosotros me apresuré a aprender con unos amigos un

montón de conceptos y de palabras que no existían para mí. Muchos aquí no se preocupan, por desgracia, de lo que van a tener que hacer cuando tomen de nuevo un cuerpo carnal. También a las almas les gusta a veces la comodidad y no por haber pasado «al otro lado», como decís vosotros, se liberan de sus antiguas costumbres de pereza.

»Por eso no quiero que exista más Rebeca, incluso si no he sido desgraciada en la Tierra, ¡incluso si después he conocido la dicha, aquí, con todos mis amigos! Tengo un poco de miedo a las costumbres, lo reconozco, porque he visto hasta qué punto paralizan la conciencia de algunos de mis compañeros en los países, en los mundos en los que viven ahora.»

«¿Hablas de países... en la Tierra?»

«¡Oh, no! Aquí..., bueno, donde yo estaba antes, ¡aunque también es un poco la Tierra todavía! Allí, en un momento dado, se comprende que existen igualmente países para las almas y que nada nos impide traspasar sus fronteras, a no ser nuestra falta de amor y de voluntad para descubrir la vida. Pero ahora ayúdame a volver... Todo eso se acabó.»

«Entonces, ¿puedes decirnos cómo supiste que era necesario que volvieras entre nosotros?»

El rostro de nuestra amiga se ha iluminado repentinamente, como por el recuerdo de un instante delicioso. Nos sorprende un poco. Así pues, ¿es un acontecimiento tan feliz el vestir de nuevo una túnica de carne y hueso?

«No sé casi nada del itinerario que voy a recorrer..., al menos no lo suficiente para sentir hoy una auténtica dicha. Intento más bien imaginármelo ya con las promesas que me he hecho a mí misma. Algunas veces me digo que haré esto, que haré aquello...

Pero no es eso lo que me hace sonreír, es el recuerdo de esa oleada de paz que me inundó cuando me pidieron claramente que volviera. Allá arriba estaba en un mundo en el que no había más que vergeles y yo me había construido una casa con el tejado de caña como la que tenía en Europa en otra época. Era maravilloso. ¡He visto y aprendido allí tantas cosas! Y después, en un momento dado, no hace mucho, sentí que tenía cada vez más ganas de dormir. Era una sensación que había olvidado hacía tanto tiempo... Pero solamente cuando me dormí realmente fue cuando comprendí que algo cambiaba en mi alma. Y entonces invadió de nuevo mi ser la noción del transcurso del tiempo. Eso había desaparecido también de mi universo completamente. Allí donde había decidido vivir ya no había días ni noches, y he aquí que ahora aparecía de nuevo una especie de peso en mis párpados..., primero la necesidad de una pequeña siesta, luego la de un largo sueño.

»Después de uno de ellos me desperté con unas imágenes muy intensas en mi cabeza... como las que deja tras sí un sueño penetrante. Estaba como impregnada por unos rostros..., sobre todo por rostros, y también por escenas de un mundo trepidante del que no comprendía nada... ¡y tan denso!

»Mis amigos me dijeron que unas almas allegadas, de quienes no conocía la existencia, me habían atraído hacia sí, que yo era algo así como limadura de hierro que empezaba a dejarse captar por el imán.

»Cuando dicen eso no bromean, ¿eh? Después de esa experiencia me han enseñado que, cuando un alma llega a cansarse de su universo, por mil razones, una materia que ellos llaman «el espíritu de hierro» aumenta en densidad en su cuerpo, y es ella la que

lastra el estado de vigilia y reduce la claridad de la conciencia. Quiero deciros con esto que hay una verdadera biología del cuerpo del alma. ¡Ese cuerpo no es una especie de vapor como imagináis con frecuencia en la Tierra!»

La que fue Rebeca continúa hablándonos de sus sueños, de la languidez en la que se sumió su alma y, mientras habla, no parece darse cuenta de que el decorado en el que compartimos estos instantes ha cambiado. ¿Cuánto tiempo ha hecho falta para que nosotros, por nuestra parte, nos diéramos cuenta?

No sabríamos decirlo. Pero tenemos que rendirnos a la evidencia: la vasta sala blanca se ha disgregado, transformándose progresivamente en otra más pequeña, con un ambiente más dorado. Es la de una casa con una sola habitación, con grandes muebles macizos, de contornos sencillos y rústicos. Una chimenea ocupa la casi totalidad de una de las paredes y un fuego crepita alegremente enviando sus danzantes resplandores sobre unas cortinas de terciopelo. Hay velas por todas partes, pero la luz no procede de ellas; es una vibración en el aire. Es ella, se diría, la que teje con su vida la totalidad del decorado.

«Aquí, entre otros lugares, es donde he vivido desde que dejé la Tierra», comenta de pronto nuestra amiga cambiando de tono. «¡Oh!, os podéis mover por aquí, veréis, ¡no es de cartón piedra! ¡Al menos, no más que todo lo que existe alrededor de los «vivos»! Los hombres de abajo también fabrican mentalmente su decorado y su universo. Todos son cómplices para limitarlo a ciertas características. Aquí, el pensamiento puede hacerse más flexible, más potente, más libre, es la única diferencia...

»¿Veis ese banco adosado a la ventana? Pues bien,

ahí fue donde viví el primer sueño del que os he hablado hace un rato. Cuando desperté, mis amigos estaban presentes, a mi lado. Aquí, un estado letárgico equivale a lanzar una llamada. Es la señal de que un alma reclama una mutación y tiene, quizás, necesidad de ayuda.

»Desde entonces, al salir de mis somnolencias, empecé a traer del fondo de mi conciencia una serie de rostros, y «se» me preguntaba automáticamente si lo que emanaba de ellos me agradaba. Dije «sí» en seguida, con mucha intensidad, o más bien lo pensé, pues ese «se» me preguntaba, creo que era una fuerza surgida de mi propio espíritu.

»Un día mis amigos abrieron ante mí, en el vergel próximo a la casa, un hermoso túnel de luz al que me llevaron consigo. Sé cuán estúpido puede parecer decir estas cosas de esta manera pero, de hecho, no lo es más que hacer aparecer unas imágenes en las pantallas lisas de lo que llamáis televisiones. Ahora he comprendido que nada es imposible porque la materia y la vida que la anima son moldeables e infinitamente perfeccionables.

»También he comprendido que se puede penetrar en la mismísima luz y hacer así incursiones en otras frecuencias en las que se manifiesta la vida. Bueno, pues así fue como seguí a mis guías en el túnel luminoso.

»Al llegar a su extremo, me mostraron una claridad amarilla; me encontré inmersa en ella en cuanto la percibí, pero también me encontré en un decorado que me resultaba totalmente desconocido. Sabía únicamente que se trataba de la habitación de un hotel y que la luz parecía ser la de la mañana..., una tenue luz azulada, soleada, que entraba a través de unas cortinas medio corridas.

»Había allí un hombre y una mujer, ambos jóvenes. El estaba todavía echado y ella acababa de sentarse al borde de la cama. Me sorprendió ver la enorme cantidad de destellos rosados y también de resplandores violeta que se arremolinaban a su alrededor. Era la señal de que se amaban con un amor verdadero... Entonces, no fue hasta entonces..., ¿cómo decirlo?, fue en ese momento cuando pude contemplar libremente sus rostros... y eso me causó un impacto tan dulce..., tan inexplicable... Tenía ganas de decirles: «¡Sí, eso es, sois vosotros!» Reconocía esos rostros, ¿sabéis?, eran los de mis sueños, aquellos a los que ya había respondido sí sin saber demasiado a qué correspondían. Desde entonces estoy convencida de que algo profundo, antes de ese encuentro, me unía ya a ellos.

»Mis amigos no han querido decirme nada sobre este asunto. De todas maneras, ellos saben lo que hacen y sin duda está bien así. Sólo me han indicado algo que es preciso que yo os repita porque concierne a todos los hombres y mujeres que se aman, y a los que todavía no saben que se aman.

»Me dijeron...:»Rebeca, cuando una pareja se ama y su amor físico les lleva a concebir un hijo, el hombre y la mujer ignoran generalmente que su alianza carnal ya ha sido sellada más allá de sus cuerpos... mucho antes de su acto.»

»»¿Cómo es eso?», pregunté yo entonces.

»»Muy sencillo. Tú sabes que durante el sueño las almas abandonan sus cuerpos y se encuentran en lugares que ellas se confeccionan. Allí dan libre curso a sus esperanzas, a sus deseos, también a sus temores. Pues bien, en lo que concierne a la concepción de un niño, ocurre lo mismo. El acto de procreación tiene

siempre lugar en el cuerpo del alma unos tres meses de tiempo terrestre antes del acto físico. Incluso si el encuentro todavía no ha tenido lugar, las almas saben de qué se trata...»»

Nuestra amiga, que ha permanecido sentada en el suelo, acaba de levantar los ojos hacia nosotros como para decirnos: «Sentaos vosotros también...» Después, añade: «Si queréis, iremos juntos a ver a mis padres.»

Todo ocurre como si deseara quebrar el impulso de emotividad que la ha embargado poco a poco.

«Esto me ha causado cierto impacto, lo reconozco... Pero, en el fondo, no sé de ellos gran cosa. Tal vez me ha emocionado un poco el hecho de saber que estaremos unidos. ¡Me gustaría tanto seguir siendo independiente! Pero, en definitiva, ya no son para mí unos extraños que se aman. Por otra parte, ¡estoy cerca de ellos en tan pocas ocasiones! Me siento feliz cuando voy a hacerles una visita, pero me pregunto a veces si no es más por curiosidad que movida por un sentimiento auténtico...»

«Rebeca..., no sabemos llamarte de otra manera..., dínos, ¿hace mucho tiempo que se produjo todo esto?»

«¡Oh, no! Apenas unas tres semanas de la Tierra. Cuando los vi en aquella habitación supe en seguida que estaban de vacaciones. Quise seguirles un rato y permanecer en su resplandor, porque era dulce y agradable... y también porque me interesaba todo lo que ellos miraban. Sin embargo, no conseguí soportarlo mucho rato. En un momento dado, sentí un dolor, una especie de náuseas, y entonces una fuerza me arrastró hacia atrás... hasta aquí.»

«¡Cierta sensación de indiscreción, sin duda!»

«Nunca he tenido esa impresión. Por otro lado, creo que todos los que, como yo, regresan no conocen ese sentimiento respecto a la Tierra..., al menos los que pertenecen al mundo en el que yo he vivido. Y es que hemos bebido en tal fuente de paz que hay largos momentos en los que compartimos la íntima convicción, incluso visceral, de ser todos UNO. Es difícil de explicar. Aquí eso se convierte en una certeza que se inscribe en nuestra propia carne. Pese a que, entre mis compañeros de esta vida que dejo, algunos no han tenido nunca la menor preocupación de naturaleza espiritual. Pero la calidad profunda de su corazón les ha hecho vivir y experimentar esta verdad, sencillamente; esa calidad es también la que los ha reunido..., muchos más de los que ellos creían ser al llegar.

»No..., os lo repito, nunca me he sentido incómoda al penetrar en la intimidad de mis padres. Ahora voy allí con frecuencia, ¿sabéis?, casi todos los días, aunque la estancia es breve a causa de ese dolor. Lo que me intriga y me divierte es sobre todo ¡esa danza increíble alrededor del vientre de mi madre!»

«¿Esa danza?»

«¿Os gustaría acompañarme? Mis amigos me han asegurado que es posible si seguís estando presentes en mi corazón. Es simple cuestión de afinidad, sin que haya necesidad de no sé qué conocimientos o no sé qué fórmula...; bueno, vosotros ya lo sabéis. ¡En definitiva, es una historia de amor más!»

Tomamos las manos de Rebeca entre las nuestras. Breve contacto instintivo que sella definitivamente nuestra amistad y nuestra participación en el nuevo itinerario de su alma.

Se está bien en la luz del alma de Rebeca. Es sen-

cilla, sin colores falsos, sin calor artificial. Es auténtica, como una caña de la que se ha hecho el más vivo y puro de los instrumentos musicales. Habrá que aprender a dejarse guiar por ella, a preservarla también algunas veces, quizás, de su fragilidad.

La casita de grandes muebles y espesas cortinas se ha fundido insensiblemente en el corazón de una espiral de luz. Nos sentimos bien ahí y comenzamos a andar por ella los tres con absoluta confianza. ¡Extraño pasillo, en verdad, y de una materia tan densa todavía! Nos parece más justificada que nunca la sensación de encontrarnos en una cámara de descompresión. Todo ocurre casi fuera de nuestra voluntad, en un silencio total, y nos parece que hasta la emisión de un pensamiento o de un solo interrogante vendría a mancillar la belleza del momento.

Aquí, entre dos mundos, el universo pide simplemente el abandono de las pequeñas resistencias. Aquí, la vida alcanza a la vida, su anverso y su reverso están próximos a la reunificación.

De pronto hay como un desgarramiento. Bajo nuestros pasos, en torno a nosotros ya no hay nada, nada más que la luz y nuestras almas... La sensación de frío es penetrante, aunque también muy breve...

Tras un instante, un decorado aparece de pronto alrededor de nosotros. Al principio, lo contemplamos involuntariamente desde una altura de algunos metros. Nuestras miradas, libres de investigar todos sus rincones, empiezan a recorrerlo: es el de una casa o el de un apartamento. Una especie de instinto nos impele a desear calibrar la calidad de su atmósfera. «¿Y Rebeca?», pensamos de repente.

Ha desaparecido de nuestro campo de visión desde nuestra incursión en este lugar..., como si no hu-

quiera llegado al término exacto de su destino. Algo nos dice que tenemos que dejar deslizar nuestros cuerpos astrales a lo largo del pasillo tapizado de azul, después atravesar un salón dominado por un enorme sofá de cuero... Y hete aquí... que descubrimos una habitación, una habitación en la que no nos atrevemos a penetrar al principio, como si se tratara de un santuario.

Una mujer joven, con pantalones de algodón, está ahí echada sobre una cama, medio dormida, frente a un televisor que funciona a bajo volumen. Rebeca está también ahí, casi ensimismada. La verdad es que somos como tres conciencias suspendidas en un ángulo de la habitación, penetradas por la sensación de vivir algo a la vez misterioso, sencillo y hermoso.

«Mirad», murmura nuestra amiga, «siempre es así...»

En la danza sosegada de resplandores coloreados que emite el cuerpo de la joven, un raudal de fumarolas más concentradas capta nuestra atención. Rodea la totalidad de su zona pelviana mientras que en su centro dan vueltas y vueltas una multitud de destellos violáceos. Imposible afirmar si esas manifestaciones luminosas proceden de su propio cuerpo o si, por el contrario, éste las atrae, las extrae de algún estado de la materia. A decir verdad, más bien parece haber en ello un intercambio sutil entre el organismo de la joven y la naturaleza etérica del lugar. Sentimos que tenemos que conseguir un poco más de paz en nosotros y observar con más y más precisión, con más y más amor...

Ahora vemos claramente que no hay nada arbitrario, no hay ningún azar en la danza aparentemente desconcertante de los destellos color violeta. Cada uno de ellos al principio parece surgir del suelo o, al

menos, de una corriente horizontal que recorre el suelo y que adquiere, en la proximidad del cuerpo de la joven, una densidad mayor. Curiosamente, por alguna selección misteriosa que no comprendemos, algunos de ellos son retenidos inmediatamente en la periferia de la pelvis, mientras que otros, más numerosos, son rechazados y después desaparecen. Pensamos en un rompecabezas microscópico que la naturaleza reúne por sí misma.

«Mirad otra vez», murmura de nuevo Rebeca, presa de una evidente emoción. «Mirad, los destellos violeta entran también en su cuerpo. Se diría que éste los aspira rápidamente en cuanto comienzan a arremolinarse un poco a su alrededor. Así fabrican el feto en el que entraré un día. Todavía lo siento como un extraño pero no puedo impedir que mi corazón lata de manera diferente cada vez que veo todo esto. Mis amigos me han explicado que la forma de vida que está presente en la Tierra, como elemento, es la que genera todos esos destellos y fumarolas. Por eso se desplazan horizontalmente; son como gérmenes salidos de la energía telúrica. Así, ¿veis?, las emanaciones de las semillas minerales de este planeta preparan el terreno alrededor del cual va a crecer el feto. Forman el molde sutil, vosotros decís etérico, en el que aparecerá la carne. ¿Sabéis? hay otros elementos de la naturaleza, como el agua o el fuego, por ejemplo, que también actúan ahí en ese momento, pero se hace de un modo tan tenue, tan suave, que a nuestro nivel no estamos todavía capacitados para percibirlos. Eso es, al menos, lo que me han encargado deciros.»

«Quisiéramos saber... ¿no te cuesta un poco hablarnos de todo esto? Porque es tu futuro cuerpo el que se elabora aquí.»

«No es muy fácil, pero he prometido que lo haría. ¿Sabéis? no sé qué es lo que todo esto provocará dentro de algunos meses, pero actualmente me siento todavía tan exterior a él... No he penetrado en él más que en dos ocasiones, ¡y tan rápidamente!»

«¿Puedes hablarnos de eso?»

«No solamente puedo, ¡sino que debo hacerlo! Ocurrió hace poco y coincidía exactamente, según me han dicho, con el primer movimiento del corazón de mi futuro cuerpo, es decir, hacia el vigésimo primer día después de la procreación física. Cuando ocurrió yo lo ignoraba, pero era debido a una atracción muy intensa hacia mi madre, algo intuitivo y también difícil de vivir. Era una necesidad imperiosa de «descender», de estar en su presencia. Hasta entonces me había contentado con estar en la radiación de su cuerpo, en su aura, si preferís. No me atrevía a hacer más y, por otra parte, no sabía cómo podían ocurrir las cosas.

»Comprendo ahora que un alma que vive esto conscientemente debe esforzarse por sentir, por escuchar su corazón y sus impulsos, y que ningún guía le proporcionará para eso un manual de instrucciones. El amor comienza ahí, cuando intuitivamente se sabe que se aproxima la fusión, que nos llama.

»En cuanto a mí, entré en el vientre de mi madre de repente. ¿Cómo explicároslo...? Estaba cerca, a su lado... Había cierta luz amarilla que irradiaba de ella y yo adivinaba que estaba inquieta... y, entonces, en una exhalación me encontré en ella, como aspirada. Me sentí un poco mal. Tenía una opresión en el pecho y unas náuseas intensas. Pero lo peor fue que, durante unos instantes, sentí que iba a ahogarme, que, tan inmensa como yo era, totalmente expandida, estaba en

aquello tan minúsculo. Entonces, estúpidamente, empecé a sentir frío. No obstante, comprendía claramente que todas esas sensaciones eran fabricadas por mi conciencia mental... ¡me lo habían enseñado suficientemente! Hoy, hablándoos de esa prueba, creo que lo que más me hizo sufrir fue el ruido y que fue eso lo que me impulsó a abandonar rápidamente el vientre de mi madre.

»Su respiración y los latidos extraños de su corazón me producían la sensación de una algarabía bastante penosa y difícilmente soportable. Ahora sé que me acostumbraré a ello. Todo eso empieza a hacerme pensar en el rumor de las olas en la playa. Después de todo, ¡son ya los ruidos de «la otra orilla!»»

«Sabíamos, y tú nos lo has confirmado, que la energía sutil salida de la Tierra es lo primero que interviene en la confección del molde etérico en el que va a crecer físicamente el feto, pero ¿sabes algo más sobre las simientes minerales de las que has hablado?»

«Sí, la corriente telúrica que sirve para la elaboración del molde etérico y, después, del futuro cuerpo físico, distribuye a éstos la esencia de cada uno de los minerales principales que se encuentran en la Tierra y que corresponden a los planetas del sistema solar. En cuanto a mi feto, si bien actualmente absorbe los principios de todos los metales, lo que interviene sobre todo es la energía del oro y, por tanto, la del sol, según me han dicho. Aunque, por mi parte, yo no noto su efecto, ¿sabéis?»

«Rebeca, ¿quieres decir que si ese feto, que apenas está formado, muriera físicamente no sentirías por ello ningún sufrimiento, ningún dolor?»

«¡Oh, no!», responde en seguida nuestra amiga con un sobresalto... «¡Oh, no, no digáis eso! Ya tengo

una madre. ¡Es ella quien me ha llamado! Y, además, no sé..., desde que he entrado en su vientre es como si se hubiera sellado definitivamente una alianza. He empezado ya a habitarla y, si no tuviera que volver más a ella, creo que sentiría de todas maneras un violento dolor físico. Ya he pensado en ello, y eso me ha producido la sensación de una quemadura en las proximidades del bazo.

»Recuerdo haber aprendido todas esas cosas con mis amigos, pero tengo que reconocer que había quedado un poco como letra muerta... Ahora sé que, en cuanto el corazón de un feto comienza a latir, brota un apego visceral entre el alma del que viene y su madre. Esto puede parecerles estúpido a algunos, pero la naturaleza profunda de los minerales es análoga a la de un alma que teje también sus propios vínculos y los transmite a otros. Y, además, ahora que hay un corazón que late en ese vientre... incluso si todavía es exterior a mí e independiente de mi voluntad, es exactamente como si me hubieran confiado una llave que no debo perder.»

Al pronunciar estas palabras, Rebeca, con la flexibilidad de la llama de una vela, se ha aproximado más al lecho donde reposa la joven.

«Hace apenas unos días que se ha enterado de la noticia», dice en tono jovial. «Fue justo antes de que nos conociéramos nosotros...»

A partir de este momento, las dos auras forman una sola. Rebeca está tan cerca de su futura madre que parece ya absorbida por ella.

Y observamos cómo, en unos instantes, se modifican insensiblemente las radiaciones luminosas de su alma hasta hacerse transparentes. Luego se modulan y se tiñen de tonos azulados. Es sencillamente her-

moso. Más hermoso, sin duda, más espontáneo también que muchas de esas meditaciones que un alma en busca de paz intenta difícilmente hacer florecer en ella.

Para nosotros, en ese instante, no son una madre y su hija que dan los primeros pasos una hacia otra, sino más bien dos conciencias adultas que recuerdan poco a poco su mutua promesa, dos almas que vuelven a encontrar un amor sin artificio que estaba esperando en alguna parte en el fondo de sí mismas.

Y mientras nos invade el calor de su corazón, la atmósfera de la habitación ha cambiado completamente. Cada cosa, cada uno de nosotros también, está prendido en el encanto de una especie de melodía apenas perceptible. Una sonoridad tan profunda...

Sin duda nuestra presencia se ha hecho superflua a partir de ahora, pues Rebeca ha escapado a nuestra mirada. El cuerpo de su alma ha desaparecido. Se ha fluidificado al contacto con el de la joven, que ahora duerme profundamente. Se ha adaptado a otro espacio, a otra longitud de onda de la vida, allí donde nosotros seríamos unos intrusos.

Queda en nosotros el espectáculo de una habitación bastante corriente, pero muy cálida, en alguna parte hacia el oeste. Queda una silueta tendida sobre una cama, aureolada de azul y que comienza a susurrar su secreto.